

ridades regionales. Por otra parte, el Omnium ha tomado el buen acuerdo de conceder su gran premio anual a Joan Oliver «Pere Quart», como ya adelantábamos en un pasado número. Quinientas mil pesetas para un viejo luchador poético y político, que ha protagonizado combates tan diversos como la guerra civil, el exilio, el retorno en difícilísimas condiciones políticas y económicas, la batalla estética por una poesía ácida —sin concesiones a tácticas o estrategias de catacumba o de superficie—, la continua presencia en todos los intentos de reconstrucción de la razón. Uno de los poetas más multados en toda la historia de la literatura catalana, «Pere Quart» declaró que las 500.000 pesetas le iban muy bien, pero que a partir de ahora le resultaría difícil declararse insolvente en los distintos conflictos en que participara.

En la noche del 12 de mayo, el Omnium, en colaboración con algunas editoriales, falló los premios a investigaciones geográficas, socio-históricas, educacionales, religiosas y a obras de literatura infantil redactadas en lengua catalana. Fueron los ganadores Baldi Ferrer, Ramón Mas Colomé, Josep Pallach, Juan Gomis y Renada Matheu. El acto se completó con el prólogo de Joan Fuster, la audición de canciones catalanas medievales, la presentación por Antoni Moragas de los premios de diseño ADI-FAD y el elogio de «Pere Quart» y de la geografía democrática de la cultura de Europa, realizado por el profesor de Montpellier Robert Laffont, que se expresó en el característico catalán de la Cataluña ultrapienina.

Un tanto hervido todo por ese «seny» que sabe dar a sus cosas el Omnium, apenas si se notó que no actuaba Pi de la Serra por prohibición gubernativa. Se insinuó una tímida presencia metafísica del cantante, a base de emitir música en off de sus canciones, sin letra, y de dejar el escenario vacío unos segundos. La mayor parte del público se quedó in albis, los más avisados aplaudieron. También contrastaba con el azul celeste de la fiesta, la argumentación de Laffont en contra del oportunismo de la cultura de consumo y de la mismísima sociedad de consumo (entre los mecenas del Omnium hay importantísimos pioneros de nuestra mini-sociedad de mini-consumo).

Finalmente, «Pere Quart» levantó un tanto el mediotono de fiesta de segunda comunión o de Confirmación o de boda entre novios maduros que iba tomando el acontecimiento. Dijo cosas jovencísimas y demostró estar en plena forma a los setenta años. Dijo que no quería que le convirtieran en estatua y que ni hablar de coronas de laurel. Que muy bien venidas las 500.000 pesetas y que el acto lo interpretaba como una afirmación del público a un pueblo y una cultura, acto de afirmación que le invitaba a perseverar y a continuar en la brecha.

Entre versallescos aplausos culminó el acto. Tuvo un epílogo gastronómico a base de naranjada y champán de rigurosa fonética catalana. En el centro de la mesa principal, un corro de muñequitos ataviados con los trajes regionales bailaba una estática sardana. A la salida, uno tenía la impresión de haber asistido a un acto protagonizado por australianos emigrados a la Luna que se reunían para recordar los lazos que unen a los australianos entre sí. Por no haber, no había apenas melenas y el único sobresalto lo produjo una hermosa muchacha de dibujadísimo escote, que fue severamente contemplada, como si se tratara de un quintacolumnista introducido por Terenci Moix o por Pau Riba. ■ M. V. M.

CINE

Cannes: El eterno compromiso del palmarés

Ya en la segunda semana, y a medida que el Festival avanza, una curiosa sensación de irrealidad envuelve ese breve espacio de dos o tres calles donde están los cines y el Palacio del Festival, y que todos recorremos con desespero innumerables veces al

día. Y no me refiero, únicamente, a la auténtica pérdida de la noción de espacio y duración que es fácil sentir cuando, al cabo de una jornada, las únicas referencias localizables son un plano bellísimo en un film de Bergman, el rostro de Monica Vitti, aquella secuencia o aquel decorado, una partitura musical, un «travelling». Esta irrealidad constante que es un Festival de cine se atenúa o, mejor, queda superada en Cannes para nosotros, españoles, en el momento en que se nos ocurre pensar que de ese promedio de siete u ocho películas diarias a que me refería en mi primera crónica, en España no se podrán proyectar ni un 10 por 100. El

veladores. Dejando de lado la calidad o el talento de nuestros realizadores (que, como se ha repetido últimamente, quedan seriamente coartados al establecerse márgenes de favor en contra de nuestra cinematografía) desde el punto de vista del espectador, la máxima enseñanza de un Festival de cine no está en la pantalla, sino detrás de ella, en el reverso de las imágenes.

Aparte del muy astuto Otto Preminger, que ha presentado fuera de concurso «Dime que me quieres, Junie Moon», adaptación brillante de la novela de Marjorie Kellogg que, con todo, debe inscribirse en la etapa de decadencia del veterano maestro, los Estados Unidos han enviado a Cannes,

la Fox, tiene, sin duda, mayor interés, debido únicamente a un guión excelente, escrito por Ring Lardner, Jr., el valioso hombre de cine de Hollywood encarcelado durante el «macarthysmo». Con una visión humorística muy áspera, muy corrosiva, deliciosamente irreverente, se describen las disparatadas actividades de un destacamento médico norteamericano durante la guerra de Corea, en 1945. Pero la película, que dirigida por un Billy Wilder o por Blake Edwards hubiera podido ser igualmente corrosiva, demolidora, en las manos de Altman no pasa de ser una desangelada ilustración del guión y una tosca y aburrida película con algunos «gags» divertidos.

Uno de los mayores éxitos de público y crítica del Festival ha sido, con todo, para Estados Unidos, aunque con una película fuera de concurso. Presentada con grandes alardes y en medio de una inusitada expectación, «Woodstock», de Michael Wadleigh, es, en efecto, una buena película, una de las pocas que hemos visto en el marco de la Gran Sala del Palacio del Festival. Se trata de un documental de más de tres horas de duración, que recoge (al estilo de otras películas del género, como «Monterrey Pop Festival» o «Jazz en un día de verano») la actuación de algunos de los mejores cantantes y grupos musicales «pop» y «underground» americanos, en su presencia directa ante un público de más de medio millón de jóvenes que se trasladaron el año pasado a Woodstock, en el Estado de Nueva York, y vivieron allí tres días en comunidad. La película, sin embargo, no se limita a la espléndida filmación de esos números musicales —en los que se han utilizado interesantes experiencias de montaje alterno y otras derivadas del mejor «cine directo» americano—, sino que trata justamente de ofrecer un reportaje de los asistentes a la gran manifestación, por medio de entrevistas ante la cámara, en las que se nos revelan perfectamente ciertas formas de pensamiento de la juventud americana.

Con la característica común de tomar una novela famosa como base, se han proyectado a concurso varias películas de distinta calidad y de diversos países y tendencias. De la gran novela de Gúraldes, «Don Segundo Sombra», el argentino Manuel Antin, ya an-



Marcello Mastroianni encabeza la rebelión negra que finaliza el film de John Boorman, «Leo the Last».

balance —y las conclusiones resultantes— es, como puede verse, aterrador. Planteamientos políticos, meditaciones sobre la revolución, estudio de problemas sexuales, desnudos nada gratuitos, etc., siempre, en casi cualquier film que quiera examinarse (y no tengo en cuenta, por supuesto, los films genéricamente pornográficos, de los cuales se proyectan incesantemente en el Mercado del Film muestras muy estimulantes), se halla un motivo que impediría su estreno en España, aun en «Arte y Ensayo». Y ahí, precisamente, reside el principal motivo de la tan comentada y ya agobiante crisis de los cines de «Arte y Ensayo». Siempre nos resulta difícil imaginar desde el interior de la propia circunstancia que la distancia que separa nuestro universo cultural del de casi todos los restantes países es tan grande. Los festivales de cine son, en este sentido, altamente re-

para competir oficialmente, dos películas de realizadores jóvenes, ambas producidas por Hollywood. «La constitución de las fresas», de Stuart Hagmann, producida por Metro Goldwyn Mayer, se quiere una película directamente política, tratando en forma de comedia el tema de moda: la contestación estudiantil. Desgraciadamente, Hagmann (que procede de la televisión, «Mannix», «Misión imposible», etc.) se ha acomodado muy bien, en esta su primera película, a las pretensiones acomodaticias del Hollywood de hoy, y convierte su película en una reconstrucción a veces mecánicamente perfecta, pero completamente falsa de los ambientes en los que se desenvuelve la lucha de los universitarios americanos, adornada, por lo demás, de audacias de lenguaje de muy mal gusto y ya vistas demasiadas veces. «M. A. S. H.», de Robert Altman, producida por